

después de tres días de ayunos, procesiones, rogativas y limosnas, decidiríamos lo que nos pareciese mejor tocante á la elección del Papa. Pero cuando se estaba enterrando al Papa Alejandro en la Iglesia del Salvador, se levantó un gran tumulto del pueblo y se echaron sobre mí como unos insensatos; de modo que puedo decir con el profeta: Yo llegué á alta mar y la tempestad me sumergió.... Pero como me hallo en la cama tan cansado, que no puedo dictar mucho tiempo, no os hablaré mas de mis penas: solamente os conjuro que me proporcioneis las oraciones de nuestros hermanos, á fin de que me salve en este peligro que debian hacerme evitar.»

La grandeza de alma, la energía, la firmeza, se han unido con la humildad, la sencillez y la bondad de corazón en un hombre extraordinario: en Gregorio VII.

Urbano II.

Como este Pontífice siguió resueltamente [y con el mejor éxito, el mismo camino que habia recorrido su ilustre predecesor Gregorio, el Sr. Amador le hace las mismas ofensas de tirano encarnizado, etc. Eso quedó ya contestado arriba, y es inútil repetirlo aquí. Lo que dije de Gregorio VII es aplicable á Urbano II, toda vez que fué un continuador de aquel. “Urbano, dice Beaufort, fué un Papa ilustre: realizando uno de los proyectos mas grandes de Gregorio, las cruzadas, adquirió un título inmortal de gloria para con la posteridad.” (1)

¡Las cruzadas! Todavía palpita el corazón lleno de ardor y de entusiasmo cuando ve uno á Urbano en el concilio de Clermont, lanzando á la cristiandad contra los infieles, y cuando oye á esos generosos guerreros que gritan al escuchar la palabra de fuego de Urbano: *Dios lo quiere, Dios lo quiere*, y luego marchan guiados por el conde de Tolosa y mas tarde por Godofredo de Buillon. ¡Las cruzadas! La escena filosófica del siglo XVIII no compren-

(1) Tom. III.

dió el objeto eminentemente civilizador que entrañaban y las juzgó con un espíritu parcial, apocado y mezquino, solo porque fueron la obra del catolicismo. Poner con ellas un dique de hierro al islamismo, lograr que las guerras particulares que asolaban el Occidente de Europa, se extinguieran, uniéndose los reyes y los pueblos cristianos ante el peligro comun, que les señalaba la voz de Urbano y de otros Pontífices, es un inmenso servicio á la causa de la civilización, una de las inmarcesibles glorias del Pontificado. “No descubrir en las cruzadas, dice Chateaubriand, (1) mas que á unos peregrinos armados que corren á rescatar un sepulcro en Palestina, es ser muy corto de vista en materia de historia: no solamente se trataba de librar aquel sepulcro sagrado, sino tambien quien habia de triunfar en la tierra, ó un culto enemigo de la civilización, favorable por sistema á la ignorancia, al despotismo y á la esclavitud, ú otro que ha resucitado el ingenio de la docta antigüedad, entre los modernos, y abolido la esclavitud.”

SIGLO XII.

Pascual II.

Este Papa, dice el Sr. Amador, fué perjuro y siguió la *funesta doctrina* enseñada y establecida por Gregorio VII.

En cuanto á la *funesta doctrina*, nada tenemos que decir, porque el que de tal cosa lo acusa, le hace, mal que le pese, su mas acabado elogio. Efectivamente: puede decirse que Gregorio VII, que habia influido en todos los grandes negocios de Europa, veinte años antes de ser Pontífice, siguió mucho años después de su muerte gobernando al mundo. Sus sucesores comprendieron muy bien que al Papado se habia abierto una nueva era, la era mas gloriosa que puede imaginarse, por ese gran genio de eterna remembranza que le envió la Providencia, y no hicieron mas que qué mas podian hacer? que hablar el mismo lenguaje, seguir las mismas máximas y los mismos pasos de Gregorio; porque todos

(1) Itinerario de Paris á Jerusalem.

veían que eso importaba el destierro de la ignorancia y la vuelta de la luz, la suavidad y la reforma de las costumbres más corrompidas que han visto las edades, y la regeneración de una sociedad que se caía á pedazos, como un cuerpo en disolución. Conocieron los Papas que Dios le había dado á la Silla Romana esa misión salvadora y cumplieron la voluntad de Dios. ¡Sea mil veces bendita su memoria!

Sí, Sr. Amador, Pascual II siguió la *funesta* doctrina de Gregorio y por eso es un Pontífice ilustre. Aquí tiene vd. una prueba de lo que venimos diciendo en esta magnífica contestación que dió á Enrique, sucesor de Guillermo el Rojo. “No cometáis la injusticia de creer que como emperador tenéis algún derecho sobre las cosas divinas: los palacios son del emperador, las Iglesias del Obispo. ¿Qué tenéis de común con una adúltera? Porque es adúltera la que no está unida á Jesucristo por un matrimonio legítimo. ¿Lo oís príncipe? El esposo de la Iglesia es el Obispo, y de consiguiente ¡qué vergüenza es que la madre se vea expuesta al adulterio por sus propios hijos!”

Que fué *perjuro* dice también el Sr. Amador. ¿En qué ó cuándo fué perjuro? ¿por qué suelta vd. tantas palabras á la ventura? ¿hemos de adivinar todo lo que vd. quiere decir, ó hemos de *aceptar sin exámen* cuanto se le ocurre ensartar en su indigesto farrago? Quizá quiere vd. hablar del tratado que este Pontífice celebró con Enrique V de Alemania, relativo á la prerrogativa que se concedía á la corona, de dar la investidura del báculo y del anillo á los obispos y abades; tratado que no se llevó á efecto y que Pascual II anuló y condenó en el Concilio de la Iglesia de Letran. Si es esto á lo que vd. alude, ó mejor dicho, á lo que alude Llorente, de quien vd. tomó una gran parte de sus colores y sus tintas para embadurnar en mala hora *esos retratos*, oiga lo que hay al caso.—Enrique, después de faltar á su *palabra real* mil veces empeñada, de dejar en libertad á la Iglesia de Alemania, cometió otra perfidia más indigna aún: se apodera de la persona del Pontífice á quien protestaba amistad y homenaje, y en cuya corte había sido recibido con todos los miramientos debidos á la corona que lle-

vaba indignamente: sus gentes arrancan á Pascual de una manera violenta de su palacio y lo encierran en una casa inmediata, preparada de antemano. Allí este asesino coronado amenaza al Papa con sacarle los ojos y matarlo si no firma el tratado en que se le concede la prerrogativa de investidura: el Papa cede á la fuerza, temiendo, no tanto por su vida, cuanto por el inminente peligro de un cisma que acarrearía los más graves males á la Iglesia. (1)

A cualquiera se le alcanza que un acto de esa especie, que una firma arrancada por medio de ese expediente, digno apenas de bandidos, si alguna obligación imponía al Sr. Pascual II, era la de protestar contra semejante villanía y hacer mil pedazos tal tratado, como efectivamente lo hizo, luego que recobró su libertad.

Y ese es el *perjuro* de que lo acusa el Sr. Amador.

Gelasio II.

No es posible asentar más falsedades ni mostrar más mala fé que la que muestra D. Juan Amador al hablar del Papa Gelasio. Dice “que su elección fué clandestina y hecha por cuatro obispos: que sabida esa clandestinidad por Cencio Frangipani, senador y prefecto, pasó con fuerza armada y disolvió la asamblea, llevándose al electo: que á la llegada de Enrique V á Roma, que *descaba vivir en paz con los Papas*, Gelasio se fugó: que llamado por Enrique para reconocer su nombramiento, con la condición de que se sometiera á lo pactado en el concordato de Pascual II, se rehusó á este avenimiento, no consultando más que á la arrogancia y orgullo de sus predecesores.”

Lo dicho arriba de Pascual II; el conocimiento que ya se tiene de Enrique V de Alemania, y de ese tratado que es la eterna vergüenza de este emperador, hace palpar á los lectores lo que valen esas aseveraciones del Sr. Amador, y sobre todo, su mala fé y su mas crasa ignorancia. Es por demás repetir aquí lo que ya dijimos: la justificación é inocencia de Pascual II es la defensa y jus-

(1) Bercastel, tom. XIII, p. 132 y siguientes.

tificacion de Gelasio, puesto que figuran las mismas personas y las mismas cosas: Enrique y sus obras: sus esbirros y sus tratados de la mas negra villanía. Solo, pues, rectificaremos los hechos, y daremos nuevos mentís, aunque esto nos cause profunda pena, al Sr. Amador.

No fué, ante todo, *clandestina la eleccion de Gelasio*; fué hecha por CUARENTA Y CINCO cardenales, varios obispos y gran número de clérigos y seglares. (1)—Frangipani no ocurrió para evitar una *eleccion clandestina*, sino que, adicto al emperador y hechura suya, luego que tuvo conocimiento de la eleccion, se puso al frente de una cuadrilla de foragidos, forzó las puertas de la Iglesia, se echó sobre el Papa golpeándolo cobardemente, y arrancándolo á viva fuerza del lugar sagrado. El pueblo romano, al saber lo que pasa, se une, se levanta en masa, amenazador y terrible, pidiendo á gritos la libertad del Pontífice. Frangipani, cobarde, como todos los malvados, se arroja temblando á los piés del Papa y le pide llorando el perdon y la vida.

Entre tanto Enrique se dirige violentamente á Roma: acampa con sus tropas á las puertas de la ciudad, y amenaza no reconocer al Romano Pontífice, si no confirma la prerogativa de investidura, arrancada á la fuerza á Pascual II. Gelasio huye entonces de Roma, no como dice Amador, consultando solo á la *arrogancia y al espíritu de orgullo*, sino consultando á su dignidad de Pontífice, porque veía la bastardía de ese mil veces repetido tratado, veía que no podía confirmarlo sin arrojar sobre su nombre una mancha eterna, y sobre todo, veía que ese acto de confirmacion, era la sancion de la mas odiosa tiranía del poder secular contra la Iglesia de Alemania. Veía que era un acto de la mas punible debilidad, y, lleno de confianza en Dios, opta por el destierro y abandona á Roma. Si esta conducta es inspirada por el *orgullo y la arrogancia*, que se nos diga cuál es una conducta noble, llena de abnegacion y desprendimiento. ¿Será acaso la de traicio-

(1) Recev. tom. III, p. 547.

nar á su propia causa y la de suicidarse política y moralmente, cubriéndose de infamia ante la posteridad?

Calixto II.

Pocos príncipes han sido amados y respetados á un tiempo por sus súbditos, como lo fué este ilustre Pontífice por los romanos y por los demas pueblos que visitó durante su Pontificado. Por todas partes era recibido con muestras del mayor júbilo, con aclamaciones de la mas sincera adhesion. Y con justicia se le rendian esos homenajes: habia consagrado su vida, especialmente durante su Pontificado, al bien de los pueblos: “restableció la paz y la seguridad pública en Roma; demolió las torres de los Frangipanis y de otros varios tiranos miserables; reprimió las violencias de los nobles, y sujetó algunos condes que robaban los bienes de la Iglesia. Los peregrinos hallaban una completa seguridad en los caminos y en Roma.” (1)

Siento una verdadera pena en tener que limitarme á decir una sola palabra de los inmensos bienes que este y otros Pontífices hicieron á los pueblos, y en no poder consignar mas que uno que otro rasgo de sus grandes virtudes; porque, como bien se comprende, yo no escribo la historia de los Pontífices: mi propósito se reduce á refutar las viles calumnias que ha escrito D. Juan Amador contra esos hombres respetables por mil títulos, y acreedores á la eterna gratitud de las generaciones. Por eso se habrá notado que las mas veces un Pontífice de quien habria podido trazar la pluma menos diestra un cuadro magnífico, aparece, bajo la mia, como una figura incompleta, lánguida y sin grande interés.

Es árido, por demas, un trabajo como el que yo me he impuesto; pero me alienta la consideracion de que no será del todo inútil, si quiera para las personas que no tienen el tiempo necesario para informarse por sí mismas si dice bien ó mal D. Juan Amador.

Hoy llama *bárbaro, corazon de roca y de bronce al amado Pon-*

(1) Recev. tom. III.

tífice del pueblo romano, porque á Mauricio, antipapa, lo hizo pasear Calixto II por las calles de Roma en un camello; habiéndole puesto una piel de buey ensangrentada sobre las espaldas á guisa de vestidura pontifical.

Atribuir tal accion á este Papa, es el colmo de la mala fé. Es cierto que M Bourdin, fué llevado así por las calles de Roma; pero es una solemne mentira que el autor de ese grotesco espectáculo fuera el Papa. La historia dice: "Los habitantes de la fortaleza donde se habia refugiado Bourdin, viendo asaltar sus murallas, lo entregaron á los sitiadores, los cuales lo llevan á Roma, montado, etc." (1) "De este modo, continúa la historia, entró el antipapa en Roma, y á un espectáculo tan digno de conmiseracion, el pueblo no solo no se enterneció, sino que lo hubiera sacrificado á su furor, si el Papa Calixto no le hubiese hecho escapar prontamente de sus manos. (2)

El bárbaro, pues, no fué el Papa; bárbaro seria el populacho; el Papa no fué sino humano en extremo con Bourdin que tantos excesos habia cometido. Y es tambien, Sr. Amador, bárbaro el que escribe para el público las falsedades de tomo y lomo que contiene el "Despertador de los fanáticos."

Inocencio II.

Hé aquí, entre otras cosas, lo que nos refiere la historia acerca de este Papa. Inocencio habia sido monge de S. Juan de Letran: hecho cardenal, ni el comercio del gran mundo, ni el favor de los Pontífices, le habian hecho perder nada de su piedad, desprendimiento y modestia. Aunque su penetracion y modestia le hubiesen hecho juzgar digno del Pontificado mucho tiempo antes de haber sido elevado a él, se opuso con todo su poder á la admision; despedazó la capa cuando se la presentaron y tentó todos los medios imaginables de huir. Fué necesario emplear la fuerza para

(1) Recev. tom. III.

(2) Bercastel tom. XIII, p. 211.

detenerlo y no se consiguió su consentimiento hasta que se le amenazó con la excomunion si resistia mas tiempo (1.)»

Por supuesto que nada de esto nos dice D. Juan Amador, sino que en este *retrato* se contenta con referir que la eleccion de este Papa fué clandestina, y que fué sucesor de Calixto II.

No, Sr. Amador, *no fué sucesor de Calixto II*, que estaba, dice vd., enfermo en el monasterio de S. Andrés. No estaba enfermo, estaba muerto hacia cinco años. El enfermo y el inmediato predecesor de Inocencio II, fué Honorio II, que gobernó la Iglesia cinco años y dos meses, despues de ese Sumo Pontífice Calixto, que vd. quiere que ahora sea el enfermo (2.)

Ni tampoco *fué clandestina la eleccion de Inocencio*. Se hizo mediante los mas amplios poderes que tenian los diez y seis cardenales que lo asistieron en su última hora, en el monasterio de S. Andrés. Es cierto que hubo una faccion que por su parte eligió indebidamente á Pedro de Luna; pero tambien lo es que Francia y todas las naciones cristianas señalaban á Luna como el antipapa, mientras que el Concilio de Etampes, y los reyes, y los pueblos, reconocian á Inocencio por el legítimo Pastor y Cabeza de la Iglesia. Luis el Gordo, la reina y los príncipes sus hijos, van y se postran á las plantas de Inocencio y le rinden pleito homenaje. Eso en cuanto á la Francia.

Enrique de Inglaterra hace lo mismo á instancias de S. Bernardo, y la Alemania y otras naciones siguen su ejemplo (3.)

Tomemos, pues, nota de lo dicho: no fué Inocencio sucesor de Calixto, sino de Honorio II., ni fué *fué clandestina la eleccion de Inocencio*.

¡No soy yo quien lo corrijo, Sr. Amador; es la historia, y no hay mas que tener resignacion!

(1) Berault, tom. XIII, pág. 233.

(2) Beaufort. t. III, pág. 239.

(3) Id. id.

Adriano IV.

Nicolás, hijo de un clérigo, fué electo Papa. Así dice el Sr. Amador. Pero el Sr. Amador ha mentido como siempre. “Desde su tierna edad, asienta en su Historia de los Papas el conde de Beaufort, quedó abandonado, y habiendo entrado su padre monje en S. Alvano, vivía de las limosnas de este monasterio.” [1]

Es, pues, una bellaquería decir que Adriano fué hijo de un clérigo, cuando la verdad es que fué hijo de un secular, que despues fué monje.

Dice también que siguió las *funestas doctrinas* de sus predecesores, esto es, las de Gregorio VII.—Eso ya dijimos que es el mejor elogio de un Pontífice, y queda también probado el por qué.—Y por fin, asienta que rehusó coronar á Federico Barba Roja, por que no tuvo la bajeza de echar pié á tierra para tener el estribo de Su Santidad.—¡Qué mal informados estamos, Sr. Amador! Barba Roja, que al principio rehusaba tributar los honores acostumbrados, “se sujetó por fin al uso, y el 18 de Junio recibió la corona imperial de manos de Adriano.” [2]

Está visto que no dá vd. ni un paso en tierra firme, ni dice una palabra en su lugar.

Alejandro III.

Ya recordarán los que lean este escrito, que mas de una vez hemos hecho notar las confesiones involuntarias que se le escapan al Sr. Amador, pensando que ataca al Pontificado, cuando en realidad lo ensalza, aunque á su pesar. Del Sr. Gregorio VII para acá no tiene mas arma de ataque que lo de la *funesta doctrina* de aquel Pontífice, continuada por sus sucesores. Esa *funesta doc-*

(1) Beaufort, tom. III, pág. 239.
(2) Id. tom. III, pág. 263.

trina lo trae desconcertado, la ve á todas horas como un espantoso endriago que amenaza tragárselo, y ya huye despavorido, ó se encoleriza y amenaza con el puño crispado al cielo. ¡Funesta doctrina, funesta doctrina! repite como quien ha perdido el juicio; y todo lo ha olvidado, hasta su paleta y sus pinceles. Porque ya no pinta: deja los retratos sin piés ni cabeza, ó á una *cabeza humana le ajusta el cuello de un caballo*, resultando el monstruo de Horacio.

Hoy, (y es una prueba de lo que vengo diciendo,) hace como si dijéramos el apoteosis de Alejandro III, por supuesto que no de intento; su intento es deturparlo. Dice que su reinado fué muy triste, y á poco añade que *el Emperador abandonó el cisma, que el antipapa Juan se reconcilió con la Iglesia, sometiéndose á Alejandro III, y que por fin, terminó la discordia.*

De veras que es *muy triste* un reinado en que se alcanzan esos resultados. La sumision de un Emperador y de una nacion entera; la de un antipapa y su faccion, y el término de un cisma y de la discordia, son unos acontecimientos muy tristes, muy insignificantes, muy propios para cubrir de opróbio á Alejandro III. Es esto para vestir luto y gemir. “El nombre de Alejandro III, dice Beaufort, ha quedado grande entre Gregorio VII é Inocencio III: como ellos, unió la firmeza á la sagacidad, y como ellos, pelea también por la verdad hasta el último instante de su vida.” (1)

Oigase ahora como concluye D. Juan Amador. *El gran número de medios á que se recurrió en el espacio de los diez y nueve años que duró el cisma, prueban con evidencia que el espíritu de ambicion (vuelta á la funesta doctrina) era el que solamente dirigia á los electos; pues seria una temeridad sostener que el Espíritu Santo concediera su inspiracion á la Iglesia de Roma.*

¿Entiendes, Fabio, lo que voy diciendo? *El gran número de medios á que se recurrió, prueban;* pero que se recurrió, ¿para qué? Los medios son para algun fin. ¿Se pusieron en juego esos medios para subir al Pontificado, para concluir con el cisma...? ¿para

(1) Tom. 3, pág. 299.

qué sirvió ese gran número de medios, Sr. Amador? Eso prueba con evidencia, no lo de la funesta doctrina, sino que anda vd. muy reñido con la bella lengua española.

Y desengáñese vd: no es una temeridad sostener que el Espíritu Santo concediera su inspiración á la Iglesia de Roma. Creo que eso lo dirá vd. por el gran número de medios de que se valian las facciones para introducir ó sostener el cisma. Es verdad que no escaseaban las banderías y que dentro y fuera de Roma se hacia de mil modos la guerra á la Iglesia y al Pontificado; ¿pero eso qué prueba? Prueba que Dios permitia esa lucha y esos rudos ataques á su Iglesia, para que se viera que no eran los hombres los que la sostenian; y que mientras mas débil nos pinteis el poder temporal de los Papas, mientras mas nos los hagais ver rodeados de peligros y molestados por el cisma, mas fuerza dais á este argumento que os hecemos. Concedemos que era fuerte, cuanto querais, el poder del cisma y de los emperadores enemigos de los Papas, y que el Pontificado en el orden natural de las cosas debia sucumbir; pero respondednos, ¿sucumbió? No. Negadlo si podeis. Luego lo sostuvo una fuerza sobrehumana; luego no es una temeridad, sino una cosa muy natural, indeclinable y lógica el decir que lo sostuvo el Espíritu de Dios.

Celestino III.

Nos cuenta el Sr. Amador que está con estremecimientos de horror y de indignacion, porque fué entregada á los romanos la ciudad de Túscolo por Celestino III, en cumplimiento del tratado concluido por su predecesor, aunque *preveía* que tenian el objeto de ejercer en ella crueles venganzas.

Es cierto que Enrique IV, coronado emperador por Celestino, hizo juramento de entregar y entregó la ciudad de Túscolo al Papa, quien á su vez la cedió á los romanos. Ahora examinemos el hecho y verá vd. cómo se cura de esas convulsiones de horror. Primeramente, habia de por medio, como vd. confiesa, un trata-

do celebrado por el predecesor de Celestino con los romanos, y estos exigian el cumplimiento de la palabra empeñada por el Soberano temporal de Roma. Desde luego ya ve vd. que no la entregó (ó la abandonó que es mas exacto, como dice Receveur) por el gusto de entregarla, sino en cumplimiento de una obligacion preexistente. Si hubiera negádose á tal entrega, es muy seguro que vd. nos vendria diciendo que era un Papa *pérfido* y que sé yo que mas, porque no cumplia lo pactado.

En segundo lugar ¿cómo probaria vd. que *preveía* que los romanos iban á hacer lo que hicieron? Vd. dice que *preveía* ¿pero en qué se funda tan rotunda aseveracion? En nada, como siempre. ¿Ni cómo quiere vd. que el Papa Celestino, anciano octogenario y de un corazon sencillo y bondadoso, fuera á imaginarse que tenian tan crueles instintos, tan mal corazon los que iban á posesionarse de Túscolo? ¿Por qué es vd. tan exigente con el Papa Celestino, queriendo que adivinara lo futuro? Horror debe á vd. causarle, como á mí tambien, y muy grande, y una indignacion sin límites, no el virtuoso y sencillo Pontífice, sino esa soldadesca romana, desenfrenada y bárbara, que tan mal uso hizo de sus derechos sobre Túscolo. *Suum cuique*. Eso me parece que es lo justo. ¿No opina vd. lo mismo? Si el Papa hubiera mandado á sus tropas que fueran á tomar á Túscolo y hubieran arrasado la ciudad, como lo hicieron los que la tomaron, tendria vd. hasta cierto punto razon en inculparlo; pero cuando lo que pasó fué sin orden del Papa y por gentes que no le pertenecian, ¿qué razon hay para hacerlo en nada responsable?

SIGLO XIII.

Inocencio III.

A esa figura colosal del siglo XIII, se acerca callandico D. Juan Amador, y empinándose en las puntas de los piés para alcanzar á penas la losa sobre que reposan las plantas del Pontífice,

garabatea, carbon en mano, estas palabras: *Fuiste doble, pérfido, avaro, usurpador y monstruo feroz.* ¡Y yo tengo, pecador de mí, que ir á limpiar ese lodo que ha dejado allí sobre la base de oro del coloso! ¡Tengo que, no diré dar la felpa merecida, sino amonestar fraternalmente al autor del tal fechoría para que no vuelva á las andadas! ¡Pues es un oficio envidiable!

Gregorio VII é Inocencio III. ¡Qué nombres! Yo los veo el uno junto al otro, aunque tres siglos los separen, á la misma altura, con la misma aureola de gloria, con el mismo poder: allí están viendo pasar á sus piés los pueblos y los reyes; allí están señalando con su diestra el camino que ha de llevar el mundo; allí están dando á todos los acontecimientos el curso que quieren; presidiéndolo todo y haciendo justicia á todos, desde el mendigo hasta el monarca que vienen á exponer sus quejas á los piés del trono pontificio.

Pero ese poder no es ominoso, nó: si lo fuera, yo seria el primero que lo maldeciria, porque aborrezco el poder de los tiranos; porque amo la libertad y la dignidad del hombre. Si soy entusiasta por Inocencio y Gregorio, es porque mi alma se extasia ante lo sublime y lo grande, y sobre todo, porque sé que ellos tambien amaron la libertad y detestaron la tiranía.

Sí, no lo dudeis: su poder no fué el del soldado que todo lo atropella y todo lo decide de un sablazo, ni el del ambicioso vulgar que no mira en los que gobierna mas que los ciegos instrumentos de su engrandecimiento personal. El poder de Inocencio y de Gregorio era el antítesis, el terrible anatema de esos poderes ominosos y despóticos. Su historia es la mas bella historia de la libertad.

Concretándonos á Inocencio, él fué quien barrió de la tierra, durante su pontificado, ese enjambre de tiranos que jugaban con los pueblos. Del uno al otro extremo de Europa no se veia mas que una sociedad despedazada por las guerras de los duques y barones, de los reyes y vasallos. Los pueblos y los débiles eran los que pagaban con su sangre y sus bienes, las contiendas de los grandes señores. El clamor que levantaban los oprimidos, los esclavos, era ahogado bajo la acerada planta de los guerreros. Eso

era la Europa: un campamento. Pero suena la hora de la libertad: Inocencio III está sobre el trono pontificio y las naciones van á exponerle sus quejas, y á su tribunal vienen á dar cuenta y á ser juzgados todos los que cometen grandes injusticias, aunque lleven en las sienas una corona. Entre mil pruebas, hé aquí esta. Un dia Felipe Augusto es mal caballero y esposo adúltero: hace que sus cortesanos decreten su divorcio de Ingeburga, con ultraje de las leyes divinas y humanas, y la desgraciada esposa al saber su sentencia, solo puede, anegada en llanto, gritar y decir en mal francés, porque era alemana: «¡Francia, mal, mal, Roma, Roma!» (1) Y no se engañaba: sabia que existia un tribunal donde se miraria su inocencia y donde se le haria justicia. Inocencio III sostiene á esa débil muger contra todo el poder de Felipe Augusto. «La Santa Sede, decia, no puede permitir que pasen en silencio las quejas de las mugeres oprimidas,» y despues de amonestar á Felipe con dulzura que aparte á su concubina, que llame á su esposa repudiada ilegalmente y que haga que todo el mundo le dé el nombre y los honores de reina; concluye: «si contra toda esperanza el rey desprecia esta amonestacion, el Papa se verá obligado, á pesar del sentimiento que experimentarí, á affigirle mas fuertemente y á levantar su mano apostólica contra él, y nada en el mundo seria capaz de desviarle de esta firme resolucion del deber y la justicia.» (2)

Eso decia al tratarse de la causa de los débiles. Ahora ved cómo tambien era justo con las naciones y los reyes.

El imperio de Alemania se ve amenazado en su independencia y sus derechos: «Y es la razon, dice Hurter, historiador protestante, por qué Inocencio intervino con una voluntad determinada en la contienda que se preparaba. Se ha intentado acusarlo (óigalo el Sr. Amador, de quien no me acordaba, lo confieso,) de que habia usurpado los derechos del imperio en favor de la Santa Sede, pero esas acusaciones son falsas; al contrario, quiso proteger los derechos del imperio y evitar que los príncipes fueran despo-

(1) Beaufort, tom. 3.

(2) Hurter, protestante.